Esta confianza no duró mucho.

Renée encontró á Raoul mas reservado que el dia anterior.

—No me engaño—pensó.—Aquí hay algo. ¿Qué será? Quiero saberlo y lo sabré. ¿Tendré una rival? Si así fuese, desdichada de elia. Quien ha vencido á Julia no se detiene ante ningun obstáculo.

La llegada de Leroux interrumpió esta situacion difícil para Raoul.

—Bien venido, señor conde—gritó desde lejos el ex-banquero.—Supongo que no vendreis hoy á excusaros de venir mañana.

—De ningun modo.

—Enhorabuena entonces—murmuró Leroux, mirando de reojo á Renée.

Despues de hablar un rato de generalidades, cosa natural entre gentes que se conocian de la víspera, Raoul preguntó por Juana.

—¡Juana!—respondió riendo el dueño de la casa.—No es posible verla. Siempre la teneis ocupada en socorrer pobres y visitar enfermos. Los colonos la llaman *el ángel bueno.*

—*Vox populi, vox Dei*—pensó Raoul.—Los pobres tienen razon.

Con la ausencia de Juana, el jóven vió defraudado el objeto de su visita; así es que procuró acortarla todo lo posible, aun á trueque de disgustar á Renée.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Despidióse de la familia Leroux, satisfecho de las noticias que habia adquirido acerca de Juana.

Tambien él, en el fondo de su corazon, la llamaba *el ángel bueno.*

Llevaba el caballo al paso siguiendo la única calle del pueblo.

De una choza aislada y miserable vió salir una jóven vestida con un sencillo traje azul pálido y cubierta la cabeza con un sombrero de paja sin adornos, debajo del cual flotaban graciosamente sobre los hombros unos cabellos que de oro finísimo parecian.

El conde percibió las palpitaciones de su corazon.

—Buenos dias, señorita Juana—dijo con acento conmovido.

La jóven volvió la cabeza sin manifestar la menor sorpresa.

—Buenos dias, señor Raoul—dijo ella acercándose al caballero.

Y le tendió su torneada y diminuta mano, fijando sobre el ginete una mirada llena de inocencia.

—Venís de casa de mi padre?

—Sí, señorita. Y he sentido mucho no encontraros allí. El señor me ha confesado que os dedicais á consolar á los pobres, y yo desea-

ria ser pobre tambien para tener algun derecho á vuestra amistad.

—No es menester eso. ¿Y no creeis que hago bien? Dios es justo. Sin los los ricos, á quienes tanto sobra, ¿qué sería de estos infelices, á quienes tanto les hace falta? Vos sois un rico bueno. ¿No es verdad?

—Por tal me tengo, señorita.

—Entonces somos amigos.

—¿Volveis á Gordes?

—Sí.

—Yo me dirijo á aquella cabaña que desde aquí se divisa. Puesto que llevamos el mismo camino, podemos ir juntos hasta ella.

Raoul no deseaba otra cosa. Se apeó, tomó de las riendas el caballo y se unió á la niña.

—Los que habitan en esa cabaña—prosiguió Juana,—son dignos de lástima. El padre es un buen carpintero, casado, con cinco hijos, y el otro dia se cayó de un andamio fracturándose una pierna. Con tal motivo ha quedado una familia sin pan. Yo hago lo que puedo por ellos, aunque puedo poco. Gracias á que el médico no cobra honorarios. ¿Teneis médico conocido?

—Nó, señorita.

—Pues os recomiendo éste. Es tan sábio como bueno, que no es poco decir. Se llama Máximo Giraud.... vive en Rancey.... mi

padre estuvo enfermo de peligro el año pasado y el doctor Giraud le salvó. Elegidle como médico.

—Le acepto á ojos cerrados por venir de vuestra mano. Debo, sin embargo, advertiros —exclamó sonriendo Raoul—que yo gozo de buena salud y los buenos servicios del doctor son inecesarios.

—Tanto peor, es decir, tanto mejor—exclamó la jóven riendo tambien.—Pero podeis recomendarlo á vuestros amigos. Ademas, entre los aldeanos de Gordes habrá alguno que lo necesite. Llamadle.... no es rico.... y lo que rehusa de los pobres lo aceptará de vos.

—¡Ah!—exclamó el conde emocionado—¡qué razon tienen vuestros protegidos en llamaros *el ángel bueno!*

En esto llegaron á la puerta de la cabaña.

Juana se detuvo.

—Aquí es—dijo.—Adios, señor Raoul, mejor dicho, hasta mañana.

—¿No me permitireis entrar con vos?

—Entrad, pues.

Raoul ató su caballo al tronco de un árbol y siguió á Juana.

El interior de la miserable vivienda, tenia muchos puntos de semejanza con la casucha de Genoveva; así es que renunciamos á describirla.

Un jóven de pié cerca del lecho hablaba con

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

el enfermo, que se hallaba rodeado de su mujer y de sus hijos.

Juana exclamó:

—Hé aquí el médico de quien os hablaba. Señor Raoul, os presento al doctor Giraud. Señor Máximo, el conde de Gordes.

Los dos hombres cambiaron un respetuoso saludo.

El médico, al ver á Raoul, experimentó esa profunda angustia que producen los presentimientos.

Durante algunos segundos cesó de latir su corazon. Adivinó que el conde iba á ser el afortunado rival que le arrebataria con el tiempo el cariño de la preciosa criatura á quien él amaba en silencio y sin esperanza.

Resuelto á no luchar, inclinó la cabeza.

XLIII

Raoul, despues de haber dirigido al enfermo algunas palabras de consuelo, estrechó la mano de Juana, saludó al doctor y salió de la cabaña acompañado de uno de los niños, que entró en seguida con un papel doblado, diciendo:

—¡Papá!.... ¡mira lo que te regala ese caballero!.....

El herido desdobló el papel, le examinó con ojos extraviados, le dió mil vueltas entre sus temblorosos dedos y acabó por preguntar:

—¿Qué es esto?

—Amigo mio—respondió Máximo,—es un billete de Banco.... un billete de quinientos francos.

Al escuchar esta inesperada revelacion, la mujer y los niños parecian volverse locos de alegría.

El carpintero cruzó sus manos sobre el pecho y murmuró:

—Dios bendiga al alma caritativa que se compadece de nosotros. Ya no sufro tanto, porque hasta el dia en que pueda volver á trabajar, mis hijos no carecerán de lo necesario. ¡Ah! señorita Juana, á vos debemos todo esto, puesto que á ese caritativo caballero vos le habeis traido aquí.

—Esta es la primera vez en la vida que envidio á los ricos—dijo Máximo para sí,—porque es la primera vez que comprendo lo dichosos que son.

Al siguiente dia, en el momento en que el señor de Gordes llegaba á Hojas-Verdes, Juana le salió al encuentro, y apretándole la mano le dijo á media voz:

—Señor Raoul, gracias por lo que habeis he-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.